

WADE DAVIS

# LOS GUARDIANES DE LA SABIDURÍA ANCESTRAL

SU IMPORTANCIA  
EN EL MUNDO MODERNO

Traducción de Juan Fernando Merino  
y Juan Manuel Pombo



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección HISTORIA Y PENSAMIENTO, 6

Título original: *The wayfinders. Why ancient wisdom matters in the modern world*

© Del texto, Wade Davis y Canadian Broadcasting Corporation, 2009

Publicado con autorización de House of Anansi Press, Toronto, Canadá.

[www.houseofanansi.com](http://www.houseofanansi.com)

© Sílabas editores, 2015

© De la traducción, Juan Fernando Merino y Juan Manuel Pombo, 2015

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

*Este libro fue publicado originalmente en Canadá como parte de la Serie de Conferencias Massey, cofinanciadas por la Corporación de Radiodifusión de Canadá, la Escuela Massey en la Universidad de Toronto y la editorial House of Anansi. La serie fue creada en reconocimiento del Muy Honorable Vincent Massey, ex Gobernador General de Canadá y fue inaugurada en 1961 para proporcionar un foro radial en el cual los más distinguidos pensadores contemporáneos puedan abordar asuntos importantes para su época.*

*Agradecemos el apoyo para la traducción de este libro del Consejo para las Artes de Canadá. / We acknowledge the support of The Canada Council for the Arts for this translation.*

Primera edición: mayo, 2017

Segunda edición: junio, 2020

Tercera edición: septiembre, 2023

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

[info@puntodevistaeditores.com](mailto:info@puntodevistaeditores.com) | [puntodevistaeditores.com](http://puntodevistaeditores.com)

[@puntodevistaed](https://www.instagram.com/puntodevistaed)

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Fotografía de cubierta: © Jorge Mario Múnera durante el trabajo de campo con Richard Evans Schultes. *Salvador Chindoy, chamán legendario del Sibundoy.*

ISBN: 978-84-18322-98-3 | Thema: JHMC | Depósito legal: M-19597-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| 1. LA ESTACIÓN DE LA HIENA PARDA | 11  |
| 2. LOS BAQUIANOS DEL MAR         | 51  |
| 3. LA GENTE DE LA ANACONDA       | 103 |
| 4. GEOGRAFÍAS SAGRADAS           | 145 |
| 5. EL SIGLO DEL VIENTO           | 197 |
| BIBLIOGRAFÍA COMENTADA           | 267 |
| AGRADECIMIENTOS                  | 299 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO                | 305 |

*A David Maybury-Levis  
1929-2007*

*Para mis hermanos colombianos:  
Carlos Jacanamijoy, Miguel Echavarría  
y Martin von Hildebrand*

## La estación de la hiena parda

Quiero que las culturas de todas las tierras del mundo soplen con libertad absoluta a través de mi casa. Pero me niego a ser barrido por cualquiera de ellas.

MAHATMA GANDHI

Uno de los placeres más intensos de viajar es la oportunidad de compartir la vida de pueblos que no han olvidado las antiguas usanzas, que aún sienten su pasado en el soplo del viento, que aún lo palpan en las piedras pulidas por la lluvia y lo degustan en las hojas amargas de las plantas. El solo hecho de saber que en el Amazonas el chamán-jaguar continúa viajando más allá de la Vía Láctea, que los mitos de los ancestros inuit aún resuenan plenos de significado, que en el Tíbet los devotos budistas siguen aspirando a alcanzar el aliento del Dharma, equivale a recobrar la revelación esencial de la antropología: la noción de que el universo social en el cual habitamos no existe en un sentido absoluto, sino que es un simple modelo de la realidad, la consecuencia de una serie de elecciones intelectuales y espirituales por las que optó nuestro linaje cultural, para bien o para mal, muchas generaciones atrás.

Pero ya sea que viajemos en compañía de los nómadas penan en los bosques de Borneo, con un acólito del vudú en Haití, un curandero en las alturas de

los Andes peruanos, un *caravanseraï* tamashek en las arenas rojas del Sahara, o un pastor con su rebaño de yaks en las cuevas del Chomolungma, todos ellos nos enseñan que existen otras opciones, otras posibilidades, otras maneras de pensar y de interactuar con el planeta. Es esta una idea que solo puede llenarnos de esperanza.

La miríada de culturas en su conjunto conforma un entramado de vida intelectual y espiritual que abarca todo el planeta y es tan fundamental para su bienestar como el entramado de vida biológica que se conoce como biósfera. Podríamos referirnos a esta red de vida social como una «etnósfera», un término quizá mejor definido como la suma total de los pensamientos e intuiciones, mitos y creencias, ideas e inspiraciones a los cuales ha dado vida la imaginación del hombre desde los albores de la conciencia humana. La etnósfera representa el más valioso legado de la humanidad. Es el producto de nuestros sueños, la encarnación de nuestras esperanzas, el símbolo de todo lo que somos y de todo aquello que hemos creado gracias a la proverbial curiosidad y la asombrosa capacidad de adaptación de nuestra especie.

Y al igual que la biósfera, la matriz biológica de la vida, está siendo severamente erosionada por la destrucción de hábitat y la consiguiente pérdida de especies vegetales y animales, así mismo está ocurriendo con la etnósfera, solo que a una velocidad mucho mayor. Ningún biólogo sugeriría, por ejemplo, que el 50 % de la totalidad de las especies están moribundas. Sin embargo, este, el más catastrófico

de los escenarios imaginables en lo que concierne a la diversidad biológica, es superado con creces por la hipótesis más optimista en materia de diversidad cultural.

El indicador clave, el canario en la mina de carbón, por así decirlo, es la pérdida de idiomas. Un idioma, desde luego, no es únicamente una serie de reglas gramaticales o un vocabulario. Es un destello del espíritu humano, el vehículo por medio del cual el alma de cada cultura llega al mundo material. Cada idioma es un bosque primitivo de la inteligencia, un hito del pensamiento, un ecosistema de posibilidades espirituales.

De las siete mil lenguas que se hablan actualmente, la mitad no se están enseñando a los niños. El resultado es que a menos que algo cambie, todas esas lenguas van a desaparecer durante esta generación. La mitad de los idiomas del mundo están en peligro de extinción. Detengámonos por un momento a pensarlo. Nada podría ser más solitario que verse rodeado de silencio, que ser el último representante de su gente capaz de hablar la lengua nativa, no tener manera de transmitir la sabiduría de los ancestros o de anticipar la promesa de los descendientes. Este trágico destino es, de hecho, la situación que cada dos semanas más o menos alguien debe confrontar en algún lugar del planeta. En promedio, cada quince días muere un anciano o anciana que se lleva consigo a la tumba las últimas sílabas de una lengua antigua. Lo que realmente significa esto es que en el transcurso de una generación o dos seremos testigos de la pérdida de al menos la mitad del legado social,

cultural e intelectual de la humanidad. Tal es el trasfondo oculto de nuestra época.

Hay quienes preguntan muy desprevenidamente, «¿Y no sería el mundo un sitio mejor si todos habláramos el mismo idioma? ¿No se facilitaría la comunicación, haciendo más factible que nos entendamos?». Siempre respondo, «Me parece una idea estupenda, pero hagamos que ese idioma universal sea el haida o el yoruba, el lakota, inuktitut o san». De repente, la gente alcanza a vislumbrar lo que significaría no poder hablar su lengua materna. No soy capaz de imaginarme un mundo en el que no pueda hablar inglés, ya que no solo es un idioma hermoso, sino que también es mi idioma, la expresión total de lo que soy. Pero al mismo tiempo, no quisiera arrasar con las otras voces de la humanidad, con los otros idiomas del mundo, como si fuera una especie de gas neurotóxico cultural.

Los idiomas, por supuesto, han aparecido y desaparecido a lo largo de la historia. El babilonio ya no se habla en las calles de Bagdad, ni el latín en las colinas de Italia. Pero de nuevo la analogía biológica resulta útil. La extinción es un fenómeno natural, pero en general la especiación —la evolución de nuevas formas de vida— ha superado con creces a las pérdidas durante los pasados seiscientos millones de años, permitiendo que la tierra sea un lugar cada vez más diverso. Cuando los sonidos del latín se desvanecieron de Roma, encontraron una nueva expresión en las lenguas romance. Hoy en día, al igual que están desapareciendo animales y plantas en lo que los biólogos reconocen como una ola de



extinción sin precedentes, también los idiomas están muriendo a tal velocidad que al desaparecer no dejan descendientes.

Mientras que los biólogos estiman que quizá el 20 % de los mamíferos, el 11 % de las aves, y el 5 % de los peces se encuentran amenazados, y los botánicos anticipan la pérdida del 10 % de la diversidad florística, los lingüistas y antropólogos son testigos de la inminente desaparición de la mitad de los idiomas en existencia. Más de seiscientos idiomas cuentan actualmente con menos de un centenar de hablantes. Y alrededor de 3500 sobreviven tan solo en la voz de una quinta parte del 1 % de la población mundial. Los diez idiomas predominantes, por el contrario, se siguen expandiendo y, en su conjunto, representan ahora las lenguas maternas de la mitad de la humanidad. El 80 % de la población mundial se comunica con los 83 idiomas más predominantes. Pero ¿y qué de la poesía, las canciones y el conocimiento codificados en las otras voces, aquellas culturas que son los guardianes y custodios del 98,8 % de la diversidad lingüística del globo? ¿Es la sabiduría que posee un anciano menos importante simplemente porque él o ella se la comunican a una audiencia de solo una persona? ¿Es el valor de un pueblo una simple correlación del número de personas que lo integran? Al contrario, cada cultura es por definición una rama vital de nuestro árbol genealógico, un repositorio de conocimiento y experiencia, y si se le concede la oportunidad, una fuente de inspiración y promesa para el futuro. «Cuando se pierde un idioma», observó poco antes de su fallecimiento el lingüista del

Massachusetts Institute of Technology Ken Hale, «se pierde una cultura, una riqueza intelectual, una obra de arte. Es como dejar caer una bomba sobre el Louvre».

Pero ¿qué es exactamente lo que está en juego? ¿Qué se puede hacer al respecto, si es que se puede hacer algo? En años recientes un buen número de libros han rendido homenaje al alcance global de la tecnología y de la modernidad sugiriendo que el mundo es plano, que uno no necesita emigrar para innovar, que nos estamos fundiendo en una única realidad dominada por un modelo económico específico, que el futuro se puede encontrar en todas partes y de manera simultánea. Cuando leo estos libros no puedo menos que pensar que debo haber estado viajando en círculos muy diferentes a los de esos escritores. El mundo que he tenido la fortuna de conocer, como espero que se demostrará en este libro, con la más absoluta certeza no es plano. Está repleto de cumbres y valles, anomalías curiosas y distracciones sublimes. La historia no se ha detenido, y el proceso de cambio y transformación cultural continúa siendo hoy tan dinámico como siempre. El mundo solo puede aparecer monocromático a los ojos de aquellos que insisten en interpretar lo que experimentan a través de un único paradigma cultural, el suyo propio. Para aquellos que tienen ojos para ver y corazón para sentir, la topografía del espíritu sigue siendo rica y compleja.

Puede parecer inusual comenzar una celebración de la cultura y la diversidad con un guiño a la genética,

pero es allí donde realmente empieza nuestra historia. Durante casi diez años mi amigo y colega en la *National Geographic Society*, Spencer Wells, ha estado dirigiendo el Proyecto Genográfico, un ambicioso esfuerzo global para rastrear tanto a lo largo del espacio como del tiempo el viaje primordial de la humanidad. Lo que él y otros genetistas poblacionales han descubierto es una de las grandes revelaciones de la ciencia moderna. Somos, como nos recuerda Spencer, el resultado de más de mil millones de años de transformaciones evolutivas. Nuestro ADN, que se codifica en tan solo cuatro letras, es un documento histórico que se remonta hasta el origen de la vida. Cada uno de nosotros es un capítulo en la más grande historia jamás escrita, una saga de exploración y descubrimiento no solamente recordada como mito sino también codificada en nuestra sangre.

Cada una de las células de nuestro cuerpo está constituida por un milagro, una doble hélice de cuatro tipos de moléculas, cuatro letras sencillas, A, C, G y T, unidas en secuencias complejas que ayudan a orquestar cada pulsación de la existencia sensible. Existen seis mil millones de datos inscritos y vibrando y girando en la oscuridad de nuestros seres. Si el ADN de cualquier ser humano se extendiera en una única línea llegaría no solo hasta la luna, sino también hasta 3000 esferas celestiales equidistantes de la tierra. Dentro de nosotros, por supuesto, esta cadena, esta herencia mística, se encuentra fragmentada y aglomerada en cuarenta y seis cromosomas, que van pasándose de una generación a otra. Con cada nuevo apareamiento, con cada nuevo hijo, es-

tos cromosomas son de nuevo barajados y reacomodados, de tal modo que cada uno de nosotros nace con una combinación única de la dote genética que nos legan nuestros padres.

Sin embargo hay claves cruciales que se mantienen. En el núcleo de cada célula, el cromosoma Y, el factor que determina el género masculino, un torrente de alrededor de 50 millones de nucleótidos, pasa de padre a hijo más o menos intacto a través de las generaciones. En la mitocondria de cada célula, los orgánulos que producen energía, también pasa el ADN más o menos intacto a través de las generaciones, pero de madre a hija. A causa de ello, y únicamente por ello, estos dos componentes del ADN actúan como una especie de máquina del tiempo, abriendo una ventana hacia el pasado.

La inmensa mayoría del ADN humano, 99,9 % de los tres mil millones de nucleótidos, no varía de una persona a otra. Pero entretejidas en el 0,1 % restante se encuentran revelaciones, diferencias en el código en estado original que ofrecen claves cruciales acerca del ancestro humano. De manera inevitable durante la transcripción y replicación de la información genética de estos miles de millones de datos aislados se producen pequeños fallos operativos. Donde debería estar la letra A, aparece la letra G. Estas son mutaciones y ocurren constantemente. No se trata de algo cataclísmico. Es muy raro que una sola mutación resulte en cambios fenotípicos. Una alteración en una sola letra del código no cambia el color de la piel, la altura del cuerpo y mucho menos la inteligencia y el destino de una persona. Este

desvío genético, no obstante, queda indeleblemente codificado en los genes de los descendientes de ese individuo. Estas mutaciones heredadas individualmente son los marcadores, «las suturas y puntos de soldadura», como escribió Spencer, que durante los pasados veinte años han permitido a los genetistas poblacionales reconstruir la historia de los orígenes y migraciones humanas con una precisión que habría sido imposible imaginar hace tan solo una generación. Al estudiar no las similitudes sino las diferencias del ADN entre los individuos, al rastrear la aparición de marcadores a través del tiempo y al examinar los miles de marcadores, es posible determinar los linajes de descendencia. Se están construyendo dos árboles evolutivos entrelazados, uno a través del legado de padres a hijos, el otro de madres a hijas, y el viaje completo de la humanidad, tanto en el tiempo como en el espacio, se puede situar con un foco extraordinariamente preciso.

El consenso científico sugiere de manera abrumadora que toda la humanidad vivió en África hasta hace unos 60 000 años. Después, en un momento dado, tal vez apremiados por las cambiantes condiciones climáticas y ecológicas que llevaron a la desertificación de las praderas africanas, un pequeño grupo de hombres, mujeres y niños, posiblemente no más de 150 individuos, inició una marcha fuera del antiguo continente y dio comienzo a la colonización del mundo. No se pueden conocer a ciencia cierta las razones que impulsaron las múltiples oleadas de la diáspora humana aunque, presumiblemente, la búsqueda de alimento y de otros recursos

indispensables habría jugado un rol preponderante. A medida que los asentamientos excedieron la capacidad de sustentación de la tierra, se dividieron y algunos grupos continuaron avanzando. Lo que revela el registro del ADN es que cuando se escindieron grupos más pequeños, se llevaron consigo solo un subconjunto de la diversidad genética originalmente presente entre la población africana. De hecho, la ciencia nos enseña que para todas las culturas humanas, dondequiera que hayan ido a parar, la diversidad genética disminuye a medida que estén más lejos en el tiempo y en el espacio de África. Una vez más, estas diferencias no son un reflejo del fenotipo. No implican nada acerca del potencial humano. Son sencillamente marcadores que resaltan una especie de mapa cósmico de la cultura, revelando dónde y cuándo nuestros ancestros se pusieron en camino.

Una primera oleada bordeó la costa de Asia, atravesando la parte inferior hasta llegar a Australia hace alrededor de 50 000 años. Una segunda migración avanzó hacia el norte a través del Medio Oriente, y luego giró hacia el este, de nuevo dividiéndose hace unos 40 000 años, con grupos que caminaron en dirección sur hacia la India, en dirección oeste y sur a través de Asia del suroeste, hasta alcanzar China meridional, y en dirección norte hacia Asia Central. Desde aquí, emergiendo de las nacientes montañas en el corazón de Asia, dos migraciones consecutivas llevaron a sus integrantes en dirección oeste, hacia Europa hace 30 000 años y en dirección este hacia Siberia, que fue poblada hace unos 20 000 años. Finalmente hace unos 12 000